



Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XVIII

San Salvador, C. A. Enero-Febrero de 1963.

Número
178

ORIENTACION.

SEAMOS CONSECUENTES.

La Guerra fría es ya una verdadera Guerra

A fines del pasado año se produjeron dos acontecimientos de extremada gravedad internacional. Nos referimos a la invasión de la India por China comunista y el estado de guerra que hubo de declarar la República de Venezuela, ahogada por los manejos de los castristas.

No hace falta recordar hechos que están en la memoria de todos. Sin previo aviso, sin haber sufrido la menor provocación, un buen día de Octubre se pusieron en movimiento los contingentes bien armados de tropas chinas, acumuladas a lo largo de la frontera con el Tibet, y sorprendieron a las escasas guarniciones indias, las cuales de derrota en derrota hubieron de replegarse y dejar en manos de los invasores una inmensa región de gran valor estratégico como nudo de comunicaciones y rica en yacimientos petrolíferos. Venezuela por los mismos días hubo de declarar la ley marcial en todo su territorio y movilizar tropas regulares y auxiliares para hacer frente a un nuevo movimiento subversivo, que los comunistas iniciaron volando las centrales eléctricas de las Compañías petrolíferas que operan en el lago de Maracaibo y varios oleoductos en la región oriental y paralizando así la extracción y transporte del petróleo, que es la fuente principal de la que se nutre la economía venezolana. Este nuevo intento de asalto al poder, se producía después de otros dos similares, que estallaron sucesivamente en meses anteriores en Carúpano y Puerto Cabello y que requirieron la intervención en regla de las fuerzas armadas con un enorme saldo de pérdidas materiales y de vidas humanas, como consecuencia.

De estos casos y de otros similares en gravedad, que se están produciendo todos los días, se deduce con evidencia:

1º) que las naciones dominadas por el comunismo están hace mucho en pie de guerra y no sólo amenazan, sino que atacan y conquistan por la fuerza en cuanto se les presenta ocasión a las otras naciones del mundo libre;

2) que los grupos comunistas en las naciones libres ni son ni actúan como partidos políticos que respetan la soberanía nacional, sino como hordas de traidores que maquinan la venta de su propia patria a la dominación extranjera;

3) que la llamada guerra "fría" no es otra cosa que la primera fase, el preludio, de la guerra total, fase denominada "piadosamente" por Khrushchev "de coexistencia pacífica", y defendida por éste con entusiasmo como la más conveniente para llegar más tarde a la otra.

¿Cuál es la reacción "habitual" que tales acontecimientos suelen producir generalmente en el mundo libre? Exclamaciones de estúpida sorpresa, lamentaciones inútiles, inacción.

Los militantes del liberalismo de izquierda, que profesan muchos de nuestros gobernantes, dirán que todo ello es deplorable, pero que no en otra solución que la de educar al pueblo políticamente para que se decida a seguir la "vía media", vía que quiere sortear los dos escollos del capitalismo dictatorial e imperialista y del comunismo criollo, abogando por más y más libertad que deje en manos del pueblo (del pueblo indefenso e ineducado; ¡no se olviden estos "detalles"!) la elección de sus propios destinos. (1)

Otros nos dirán que hay que comenzar por solucionar las injusticias sociales y que nada se conseguirá mientras no se aplique en su integridad el programa de la Iglesia para volver a las masas al recto camino. Todos abominarán de cualquier procedimiento de lucha, no sólo física sino por medios legales, pues el anticomunismo, como todos los "antis" —dicen— es un esfuerzo condenado al fracaso. Los que se tiene por más cristianos evocarán aquella frase del Evangelio "ofrece la otra mejilla". (2)

Pero al gobernante cristiano, que ve arder su casa en pompa, le serán probablemente de poca utilidad y de menor consuelo estas lamentaciones acompañadas de algunas "razones" por las que se demuestra le hubiera convenido más el haber construido su casa con vigas de hierro u otro material incombustible y no de madera. Que hay que implantar la justicia social, que los males de la libertad se deben (?) curar con "más" libertad, que "hay que poner la otra mejilla", todo esto puede ser mucha verdad, pero lo que él necesita de momento es apagar el fuego. Y para apagar el fuego ninguno de estos remedios le sirven.

¿Le será de más provecho el advertirle que en una democracia es preferible dejar que el comunismo actúe libremente y prenda fuego a la casa a ojos vistas, porque el trabajo en la clandestinidad es mucho peor, infinitamente peor? No lo pensamos así, máxime que, si se trata de un gobernante digno de ese nombre, conocerá perfectamente lo que ocurre en las democracias que abren sus puertas a la propaganda comunista, estableciendo relaciones diplomáticas sea con Rusia, sea con China o con Cuba. En Uruguay, por ejemplo, la Embajada Rusa cuenta con 70 "diplomáticos" acreditados. Si se añaden otros 50 correspondientes a los países satélites, resultan 120 para un país que es de los más pequeños del continente. Cada semana llegan al Uruguay tres toneladas de propaganda en 770 sacos, que naturalmente no se mandan a allí para dejarlas dormir en los sótanos del edificio de la Embajada. Es evidente que no sería tan fácil la labor de tanto "diplomático" si fueran considerados como vulgares agentes saboteadores, que

(1) Véase propugnada constantemente esta tesis en las páginas de la revista "Combate", órgano del grupo demo-liberal del Caribe, con sede en Costa Rica.

(2) Ricciardi en la revista SIC, Mayo 1961, pone el ejemplo de cómo consiguió la India su independencia sin disparar un tiro. He aquí sus palabras: "La no resistencia al mal no es una manifestación de cobardía ni una capitulación ante el enemigo; al contrario, es una prueba de valor moral y un indicio de dominio sobre sí mismo. Si necesitan pruebas de su eficacia, ahí tenía una, luminosa y contemporánea: la independencia de la India, lograda sin derramamiento de sangre por un hombre que oponía la resistencia pasiva y los ayunos a la férrea política colonial de Inglaterra, que salió derrotada. Gandhi no era católico; pero llevaba bajo el saari dos libritos: los Evangelios y las Florecillas de San Francisco. Y, al contrario de nosotros, no se contentaba con leerlos; aplicaba sus preceptos al pie de la letra. Ahí está el detalle" ("Cuidado con el anticomunismo", pág. 214).

Pero es manifiesta la diferencia abismal entre un pueblo que busca su independencia política, que fue el caso de la India, y un pueblo a quien una minoría de traidores sujeta por la fuerza y priva de la libertad con el apoyo de una potencia extranjera, como es el caso de Cuba y lo será el de Venezuela y el de otras Repúblicas si se empeñan en seguir semejantes consejos. La falacia del argumento del Dr. Ricciardi es evidente.

Por lo demás, la misma resistencia por la fuerza, que procuró ofrecer la India a la invasión del comunismo chino, prueba nuestra afirmación y echa por tierra el ejemplo aducido.

habrían de introducir de modo clandestino toda esa enorme propaganda semanal y que se verían expuestos al castigo o la expulsión al verse descubiertos, caso de no existir relaciones diplomáticas. La misma queja se deja oír en México y en Washington en contra de cientos de diplomáticos acreditados cerca de sus Gobiernos y que como espías y saboteadores no desperdician en balde un tiempo, que consideran precioso para el triunfo de su causa.

Si los consejeros a que antes nos referíamos son tan decididos partidarios de un trato caballeresco y de guante blanco al comunismo, ¿qué dirán de los que se atreven a insinuar (aunque no sea más que insinuar) el empleo de métodos de fuerza? "Estos son los sistemas "de ellos" (3) y al adoptarlos renegamos de Cristo y de su doctrina; y nos hacemos acreedores a una derrota, que después de una serie de éxitos aparentes y victorias provisionales, es la recompensa final de toda violencia". No tienen nuestros males remedio, según tales opiniones. Porque si nos defendemos, porque nos defendemos caeremos en la derrota final; si no nos defendemos, porque no nos defendemos caeremos en la derrota "inicial". Total: que estamos fatalmente condenados a ser esclavos de Moscú. Una cosa tiene de cierto —evidentemente— tal doctrina, y es que paraliza a las fuerzas del bien (con gran contento y agradecimiento cordial de los sicarios rusos) y que ese pesimismo negro, que desarticula tales fuerzas y las condena a un fatalismo suicida, jamás ha sido hasta ahora, ni puede admitirse que lo sea, producto y resultado genuino de la aplicación de la verdadera doctrina de Cristo. Afortunadamente se puede ser buen cristiano, y hasta santo, sin haber puesto nunca la otra mejilla al que nos ofende, ya que no sólo la Iglesia se abstiene de obligarnos a practicar los consejos sino los Mandamientos (y esto de la mejilla es un consejo) sino que condenó como a herejes a los que obligaban en su tiempo a los fieles a vender sus bienes y repartirlos entre los pobres, que era también otro consejo y no mandato del Señor. (4)

Por lo demás, estos partidarios de la doctrina del "apaciguamiento" con respecto a los atentados del comunismo, ¿han mostrado el mismo celo cuando los saboteadores, los incendiarios, los asesinos no eran comunistas? Será difícil hacer un cálculo de la cantidad de tinta y de páginas de periódicos y revistas empleadas en condenar, por ejemplo, los atentados de la OES en Francia y en Argelia (y con motivo, ciertamente) y en reclamar la aplicación de las sanciones más severas y hasta de la pena de muerte contra sus autores. ¿Por qué en este caso no se hubiera atrevido ninguno de estos pacifistas a aconsejar a De Gaulle que no hiciera nada por proteger su vida? Es cosa extraña esta doble medida que se pretende usar a veces y que da qué pensar sobre la objetividad y falta de apasionamiento de ciertas opiniones más o menos razonables que pretenden imponérsenos como las "únicas" acertadas. Menos mal que hay todavía gentes que, entre otras libertades a las que no renuncian, una de ellas es a la de pensar por su cuenta y no por cuenta ajena. Y menos mal, también, que no faltan tampoco otras soluciones de mayor eficacia.

Organizar como conviene la guerra fría.

En una cosa coinciden, como no pueden por menos, todos estos curanderos al uso, y es en que los remedios, la táctica empleada hasta ahora no ha dado resultado alguno. Dejemos de discutir sobre si el fracaso se debe a la falta de éste o aquél detalle. Es el sistema en su conjunto el que ha fracasado.

Y ha fracasado porque nuestros gobernantes:

a) pretenden ignorar el hecho, que indicábamos antes, de que aunque no lo queramos nos hallamos ya actualmente en pie de guerra, el mundo entero se halla en pie de guerra;

(3) Véase Ricciardi, l. c. p. 214.

(4) Puestos ya a desorbitar las cosas, ¿cómo explicarían estos pacifistas de nuevo cuño la frase de la Escritura "obedeced a vuestros amos y señores temporales con temor y temblor como a Cristo"? ¿No parece aquí San Pablo (Efesios, 6, 5) aprobar la esclavitud ("parece", decimos) y negar a aquellos infelices el derecho a recobrar la libertad perdida? No conviene exagerar las cosas, ni fulminar anatemas sacados de la Sagrada Escritura, en apoyo de opiniones más o menos fundadas, más o menos respetables pero opiniones al fin. No mezclemos inútilmente a Dios en cuestiones dejadas a la disputa de los hombres.

b) pretenden ignorar que todos los movimientos subversivos que organizan los comunistas locales dentro de sus naciones, todos los sabotajes, todas las violencias, no son otra cosa que tanteos preliminares, escaramuzas ligeras para llegar a la guerra total. Y pretenden aplicar a estos brotes gravísimos (que se ha dado en llamar guerra "fría") lentos y desproporcionados remedios tomados de la bonachona tradición político-liberal del ochocientos, que acaso pudieron resultar entonces, pero que hoy no tienen más eficacia que la de la famosa "carabina de Ambrosio";

c) pretenden convencer a los agitadores comunistas de lo improcedente de su actitud, intentando en vano la táctica paternal de la mano tendida, de los brazos (y hasta de las bolsas) abiertos, pensando que es cierto aquello de que "dos no riñen, si uno de los dos no quiere reñir", cuando la verdad es que de tal trato caballeresco salen éstos tanto más envalentonados cuanto más impunes;

d) y sobre todo, y a nuestro juicio esto es el más grave de los errores en que se está incurriendo por el mundo libre, nuestros gobernantes toleran y aceptan como honestos y leales, con todos los privilegios de la propaganda, libertad de palabra, inmunidad parlamentaria, derecho a la inviolabilidad del domicilio, derecho de reunión, etc., a aquellos partidos que, llámense o no se llamen comunistas, aceptan en sus programas los postulados revolucionarios de éste.

Recuérdese lo que costó a Venezuela el conseguir poner fuera de la ley a los agentes de Castro que, a ojos vistas y del modo más descarado, iban y venían de Cuba con dinero y armas para seguir dentro del país la lucha contra su propia patria. Recuérdese las protestas y lágrimas de cocodrilo con las que sus protectores y amigos lloran este "ataque a la libertad" en aquellos otros países cuyos gobernantes no se deciden a cerrar los ojos a la realidad, ni aceptan como dogma de fe "eso" de las grandes ventajas que supone para su nación el que dentro de casa funcionen libremente uno o varios Partidos Comunistas, embajadas repletas de "diplomáticos acreditados", misiones "culturales" o de comercio, todo ello para mayor bien y felicidad de la ciudadanía "alegre y confiada". (5)

Todas estas "inocentes" tretas pudieron embaucar acaso a los políticos inexpertos de hace 20 o 30 años. Hoy día, después que a las palabras engañosas han seguido realidades terribles (Laos, Cuba, India, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur, China, Corea, etc.), es realmente admirable cómo hoy hay aún gentes que insistan "en serio" en que las democracias nada tienen que temer del trato amistoso y "legal" con semejante ralea.

Frente a estos despropósitos, hay que organizar como conviene la guerra fría, comenzando, claro está, por poner fuera de la ley a los comunistas, como se pone fuera del territorio nacional, o se los guarda a buen recaudo de manera que no puedan hacer daño, a los súbditos del país enemigo, una vez comenzadas las hostilidades. Si Betancourt ha tenido que dar ese paso, después de aguantar años enteros los ataques de la "guerra fría", no parece del todo descabellado el escarmentar en cabeza ajena y empezar ya desde ahora mismo en nuestras Repúblicas del resto del Caribe por donde él ha tenido que terminar a tanto precio y con tanto riesgo, ya que la docilidad con la que los rusos embalaron sus cohetes y se los llevaron de Cuba el pasado año muestra una vez más que todo ello es cuestión en gran parte de dejarse de contemplaciones bobaliconas y de miedos a fantasmas sin consistencia y de poner las cartas boca arriba. (6)

Hay que aceptar el hecho de que nos hallamos envueltos ya en una guerra, guerra no querida por nosotros, pero sí por los enemigos de nuestra patria, y guerra en la que está en juego nada menos que la misma existencia de nuestra

(5) México está ya sufriendo los efectos de esta actitud.

(6) El bloqueo americano a Cuba de Noviembre pasado, con la edificante historia de la instalación por los Soviets en territorio cubano de cohetes nucleares y su desmantelamiento subsiguiente, como resultado de un acuerdo entre Rusia y EE. UU., ha puesto al descubierto una vez más hasta qué grado los comunistas "locales" intervienen en la dirección y responsabilidad de los asuntos de su propio país. El caso de Cuba ha demostrado que, cuando la urgencia lo exige, se da de lado a la "marioneta" y aparece actuando el "verdadero" amo del gignol. Por ello nuestros comunistas "criollos" no pueden exigir que se les considere como constituyendo un partido político, nacional e independiente, sino como servidores esclavizados de una potencia extranjera con la que nos hallamos en guerra, y que por lo tanto no sólo han perdido los tales todos los derechos que asisten a los demás ciudadanos, sino que deben ser procesados y juzgados como reos de alta traición.

tierra como tierra libre, de nuestras instituciones, nuestras familias, nuestras costumbres cristianas. Y aplicar a los delitos contra el orden público las penas que todos los Códigos del mundo previenen para caso de guerra, sin esperar a que llegue la noticia de que ya se está realizando la invasión armada para empezar a moverse, como le ocurrió al Pandit Nehru con la invasión de China.

Hay que poner, finalmente, a la nación en condiciones de llevar a cabo con éxito una guerra ofensiva, no sólo defensiva, porque mal puede defenderse a tiempo el que no tiene fuerzas para atacar y así hacerse respetar como conviene.

Es claro que para ello hace falta un período previo de estudio del asunto y de adaptación de las leyes (si fuera necesario) y de toda la máquina estatal a este nuevo concepto de la guerra fría y a las nuevas tácticas que su dirección exitosa requiere. Pero si los comunistas han sabido organizar el ataque, ¿no van a poder nuestros Gobiernos organizar del mismo modo y mejor aún su defensa, ya que cuentan con toda clase de elementos y no necesitan actuar en la clandestinidad como aquellos? Si los métodos guerreros han variado, ¿no podrán variar también al unísono las tácticas y las disposiciones legales al uso?

En la actualidad la lucha del comunismo por la dominación mundial es lucha ideológica y es revolución callejera y es invasión con ejércitos regulares. Va desde las manifestaciones de "mujeres democráticas del mundo libre" hasta el secuestro de los enemigos políticos, y del espionaje de guante blanco y pechera almidonada, practicado en las altas esferas de la política y de la ciencia, al embadurnamiento de paredes y edificios con letreros subversivos, cuya dudosa ortografía deberá producir la sensación de que es "el pueblo" el que los ha escrito.

Pero todo ello puede quedar reducido a un común denominador: guerra. Y un único fin: conquista del poder. La "guerra fría" es el primer acto del drama; puede durar más o menos según convenga, pero desemboca necesariamente en la otra guerra, en la guerra total con combates librados por soldados armados hasta los dientes, con bombardeos, muertos, heridos y prisioneros y desaparecidos. Guerra que por desgracia no cesa ni aun después de la conquista del poder político, pues a ésta se sigue la constante vigilancia por la conservación del mismo, la persecución a muerte de los enemigos políticos, las luchas internas entre grupos triunfadores y la eliminación de todos los que se consideran un estorbo y que se señalan con el fácil remoquete de contrarrevolucionarios.

Es cierto que esta guerra resulta un poco distinta de la que estábamos acostumbrados no hace mucho tiempo todavía, cuando se hacía primero una movilización general, se intercambiaban una y muchas notas de gobierno a gobierno, exigiendo una reparación del honor violado, y finalmente se desembocaba en un "ultimátum", en el cual todavía se señalaba un plazo preventivo, para que el enemigo pudiera considerar el riesgo a que se exponía o en todo caso pudiera prepararse mejor para resistir la invasión. Sólo después de tantas amenazas verbales tronaban los cañones y comenzaba la matanza. Una guerra, con todo, totalmente distinta a aquellas otras de la edad media en las que se permitía volver a sus tierras a sus prisioneros, se curaba a los heridos y se guardaban unos y otros atenciones que hoy nos hacen sonreír; pero que entonces las exigían las costumbres caballerescas de la época.

Todo eso ha pasado, como ha pasado también la gola, el mosquete y la ballesta. La invasión de Corea por los chinos se hizo un buen día sin que precediera provocación alguna, ni hubiera motivo grave para tal agresión. En la India vieron aparecer las hordas comunistas de Mao-Tse-tung sin ultimátum, previo aviso, ni siquiera la menor provocación por su parte. Dígase lo mismo del Vietnam, Laos, etc.

Y en el período previo, el de la guerra "fría", que estamos sufriendo en la actualidad en toda Latinoamérica no hay un frente establecido de una manera definida, ni los combatientes llevan uniformes, ni se acantonan en cuarteles o zonas militares sino que permanecen ocultos, mezclados entre el pueblo sencillo, mientras continúan llegando en misiones diplomáticas o comerciales las que en nuestra terminología ya anticuada llamábamos "tropas de ocupación", pero que ahora se dicen técnicos destinados a enseñar a las gentes el laboreo de los campos o la pacífica producción industrial.

Mezcladas con toneladas de literatura subversiva incitando a la rebelión, a la guerra de guerrillas, al sabotaje, explicando cómo se hace un coctel "Molotov", cómo se fabrica una bomba casera, llegan también ametralladoras y dinamita, alternando los "camaradas" la teoría en la soflamas incendiarias de los mítines populares, con la "práctica" de las bombas, que se hacen estallar sistemáticamente en los lugares más concurridos o en los centros más importantes para el funcionamiento normal de la vida ciudadana. Y sobre todo, dinero, mucho dinero, porque los "camaradas" no trabajan gratis y el insultar a la autoridad pública o el espachurrar a pacíficos ciudadanos tiene aún sus riesgos, que es preciso compensar debidamente.

"La dictadura del proletariado es la guerra más heroica e implacable de la nueva clase contra la burguesía"—dice Stalin en sus "Principios del Lenismo—; la dictadura del proletariado es una lucha tenaz, sangrienta y no sangrienta, violenta y pacífica, militar y económica, pedagógica y administrativa, contra las fuerzas y las tradiciones de la vieja sociedad". He aquí descrito con exactitud el proceso que comentamos, en el cual no hace Stalin distinción alguna entre guerra fría y guerra total, como puede verse, proceso que señalan como característico y esencial todos los estrategas del Comunismo desde Lenin y Trotsky, hasta los comunistas criollos a la violeta como Arbenz, Suñol, Carias, Ché Guevara, Lombardo Toledano y demás ilustres compinches.

Y proceso que ya se ha ensayado por desgracia en Centro América. Ahí está Guatemala, que viene sufriendo en la carne de sus hijos, bombas, asesinatos, torturas en las "chekas", desapariciones. En la última revolución bajo el gobierno de Arbenz hay constancia de personas que fueron quemadas o enterradas vivas, "procedimientos" que ya pasan un poco de la raya para poder ser incluidos en los de la guerra fría y que hubieran logrado hacer de Guatemala otra Cuba si no fuera porque llegó a tiempo la contrarrevolución de Castillo Armas y el apoyo americano, el cual apoyo ni hay por qué negarlo ni por qué avergonzarse de haberlo recibido, como si fuera tal cosa un pecado. ¿O es que "eso" de poner la otra mejilla debe llegar hasta el extremo de abstenerse de socorrer a la liberación de víctimas inocentes y dejar en manos de las hordas moscovitas a tantos ciudadanos? ¿O es que los únicos que pueden enviar a Latinoamérica armas, técnicos, tanques, aviones y cohetes atómicos son los comunistas rusos? A este último acto de la tragedia guatemalteca le precedieron muchos meses de "reblandecimiento" y de guerra "fría" en los que se atacaba al gobierno de Arévalo acusándolo de reaccionario, a pesar de los esfuerzos que hizo por complacer a los comunistas, meses que se aprovecharon para intoxicar al pueblo con todo género de acusaciones y mentiras contra la policía y el ejército y contra sus jefes, desde la prensa, la radio, la tribuna y el parlamento.

Concluyamos recordando algunas verdades de derecho político y de ética, las cuales, a fuerza de pasarlas por alto, sin duda "para no provocar", se nos van olvidando.

El Gobierno de cualquier país tiene, no sólo el derecho, sino la obligación estricta de poner los medios eficaces para proteger a sus súbditos contra toda agresión injusta, venga del exterior o del interior y debe guardar el orden y la prosperidad pública, por encima de todos los respetos que algunos pretenden se tengan con la ideología del comunismo libertario.

Y si el gobernante se olvida de sus deberes en este terreno, no debe extrañarnos el que los particulares provean a su seguridad personal y a la de sus conciudadanos por cuantos medios puedan, organizándose incluso en grupos armados. Este fenómeno se ha presentado siempre en todos los países cuyos gobiernos han hecho defacción de su autoridad, sea por debilidad, sea por connivencia con los enemigos del orden constitucional establecido. Y en la actualidad se sigue presentando en forma de grupos "anticomunistas", los cuales, persuadidos de que estamos "ya" en una verdadera guerra, no tienen inconveniente en proceder conforme a las normas éticas de la guerra justa. (7)

(7) Puede verse sobre la necesidad de aceptar el hecho de que estamos en guerra, entre otros, el libro de José Francisco Cortá, S. J. "Frente al Comunismo Ateo", Zaragoza, Editorial "Hechos y Dichos". 1962.